

DOSSIER
HOMOSEXUALIDADES

*La matriz del deseo: del género a lo genital**

Javier Ugarte Pérez

Resumen: El artículo intenta fundamentar la tesis de que han existido dos generaciones de identidades homosexuales en el siglo xx. La primera, centrada en la idea de inversión de género, estaba anclada en medios obreros; en cambio, la segunda generación, que se estructura sobre la anatomía, se encarna en individuos de clase media. El gran desarrollo económico que experimentaron las naciones occidentales tras la Segunda Guerra Mundial generó empleos que exigían formación, lo que estimuló el crecimiento de la clase media y, consecuentemente, el reemplazo de una generación de identidades homoeróticas por otra.

Palabras clave: clase social, género, homoerotismo, identidad, Estado.

Abstract: The article tries to probe the thesis that there have been two generations of homosexual identities in xx century. The first one, based on gender inversion, was grounded in working class milieu; however, the second one, structured over anatomy, is embodied by medium class people. The fast economic development that Western countries experimented after Second World War created jobs that demanded educational trainings, which stimulated the growth of the medium class and, by consequence, the passage of one generation of homoerotic identities to other.

Keywords: social class, gender, homoerotism, identity, State.

* Algunas líneas apuntadas en este trabajo están desarrolladas en el libro del autor: *Las circunstancias obligaban. Homoerotismo, identidad y resistencia*, Barcelona-Madrid, Egales, 2011.

Presentación

Las experiencias homoeróticas han sido calificadas de manera variada a lo largo del tiempo y las culturas. En Occidente, dos de los nombres más utilizados fueron «sodomía» y «homosexualidad»; la primera constituía una forma de transgresión a finales del Medioevo y durante la Edad Moderna, mientras la segunda surgió en un periodo de acelerados cambios tecnológicos del capitalismo denominado «revolución industrial». Entre ambas fases transcurrieron décadas de interregno durante las cuales los placeres íntimos se consideraron un terreno privado donde las autoridades civiles no debían inmiscuirse. Ahora bien, la homosexualidad que aparece mencionada en los códigos penales de las naciones occidentales a partir de 1870 —por ejemplo, en el alemán— tiene características heterogéneas, como también sucedía con la sodomía.

El homoerotismo contemporáneo nació asociado a la inversión sexual o, dicho con más propiedad, a la inversión de género. La sociedad que alumbra su aparición estaba imbuida de sólidas concepciones sobre una masculinidad y una feminidad que consideraba radicadas en la naturaleza (en su biología, diríamos hoy); así, los varones eran rudos por la misma razón que tenían una voz grave y ambas cosas resultaban naturales. Por ello se pensaba que quienes deseaban a individuos de su propio sexo sentían que pertenecían al opuesto, ya que no cabían más alternativas que dos sexos separados por diferencias abismales. Se trataba de invertidos que en España recibían el nombre de *maricas* (los varones) y *bolteras* o *tríbadas* (las mujeres); en otros países occidentales, como Estados Unidos, existían denominaciones equivalentes¹.

Sin embargo, esta matriz cambió hacia los años sesenta del siglo pasado cuando apareció —en Estados Unidos primero, en Europa unos años después— una nueva configuración del deseo basada en la materialidad del cuerpo y su anatomía; en ese momento, los genitales empezaron a conformar la identidad. El proceso fue paralelo a

¹ Las identidades norteamericanas correspondientes fueron las de *fairy* o *pansy* (varones) y *butch* (mujeres). Véase, en general, Georges CHAUNCEY (jr.): «De la inversión sexual a la homosexualidad: la medicina y la evolución de la conceptualización de la desviación de la mujer», en George STEINER y Robert BOYERS: *Homosexualidad: literatura y política*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 75-123.

una nueva percepción que reducía la peculiaridad de los homosexuales a algo que cualquier observador —por ejemplo, los investigadores que colaboraron en los Informes Kinsey— percibía: disfrutaban de relaciones íntimas con personas de su sexo. En ese momento nacieron identidades que se ajustaban a la nueva concepción del deseo, entre las que destacan las de *gay* y *lesbiana*. El artículo intenta mostrar las líneas que configuraron el deseo antes y después de los años sesenta y las características del homoerotismo bajo cada matriz, así como las consecuencias que derivaron de cada conformación; se trata de secuelas que van de la importancia del fetichismo en la primera época al relieve de la pornografía en el segundo, y del cruce de líneas que se da sobre el travestismo bajo la primera configuración a la importancia del transexual en la segunda.

El texto analiza tendencias generales, ya que en cada periodo convivían maneras diferentes de experimentar el homoerotismo en función de factores como el espacio (rural o urbano), el género, el hecho de que el individuo fuese nativo del país o fuese inmigrante... En esa pluralidad de posibles enfoques, el texto desarrolla una argumentación materialista que explica el comportamiento individual a partir de una confluencia entre contexto económico y clase social. El planteamiento también intenta superar el debate entre esencialismo y constructivismo; con ese propósito señala que, aunque el homoerotismo se da en todas las épocas (algo defendido por el esencialismo), se expresa en identidades históricamente determinadas (lo que avala el constructivismo).

La apariencia enciende la pasión: los invertidos

El largo reinado de la reina Victoria de Inglaterra constituye en la historia cultural de Europa un periodo de singular importancia, tanto por la hegemonía de la que disfrutaba el Reino Unido en el siglo XIX (puesto que se trataba de la nación que encabezaba la revolución industrial y la expansión imperial) como por la novedad de sus patrones sociales, sobre todo a partir del momento en que la dignataria enviuda; el predominio británico obligó al resto de naciones a posicionarse frente a las iniciativas procedentes del reino. La sociedad victoriana evoluciona a partir del cruce de las siguientes líneas de fuerza: un capitalismo de base industrial que

pasa de depender del trabajo de máquinas de vapor en metalurgias y fábricas textiles a otro realizado por motores de explosión, corriente eléctrica (que hace funcionar motores e ilumina calles y viviendas) e industria química; enorme crecimiento de unas ciudades donde se radicaban las nuevas fábricas, y desarrollo de un heterogéneo sector de servicios (educación, sanidad, finanzas, transporte de viajeros y mercancías...).

La expansión industrial también fue de la mano de un crecimiento en el número de obreros, quienes, gracias al marxismo y al anarquismo, se encontraban más concienciados de la necesidad de luchar por sus derechos que en ningún periodo anterior; tanto la Comuna de París (1871) como la posterior Revolución Rusa (1917) mostraron la fuerza y determinación de unos trabajadores que interpretaban la historia como una lucha de clases. Tales hechos demostraban que la represión ordenada por las autoridades no desincentivaba la movilización obrera; incluso, la exacerbaba. Aunque las cargas policiales y los despidos desanimasen a algunos proletarios, a largo plazo eran necesarias nuevas fuentes de legitimación social, dado que las tradicionales —como la alianza entre el trono y el altar— se mostraban desfasadas. En esa línea, los movimientos nacionalistas que entonces surgieron (o se revitalizaron) tuvieron cierto éxito, pero su auge resultó insuficiente para aquietar las aguas sociales. En un escenario donde las clases dirigentes necesitaban desesperadamente justificar sus prerrogativas, el mérito se revela como la mejor vía para explicar las diferencias de estatus.

Desde la perspectiva científica, la época estuvo marcada por un desarrollo acelerado en el que la aparición de una nueva ciencia, la biología, acarrea una especial importancia para el homoerotismo. La biología ha puesto en manos de la humanidad un vasto conocimiento sobre los seres vivos y sus líneas de filiación, al tiempo que posibilita la eliminación de enfermedades padecidas desde tiempo inmemorial (peste, tuberculosis, sin olvidar los trastornos provocados por alteraciones genéticas). Sin embargo, esta ciencia, de la que depende el cuerpo teórico de la medicina, también permanece plagada de convicciones y supuestos que, vistos en la distancia, sonrojan: sus cultivadores han defendido la existencia de diferencias inalterables entre razas (lo que justificaba la esclavitud y el trato cruel que se dispensaba a los negros), sexos (por lo que las mujeres debían permanecer dedicadas a la maternidad y recluidas

en el ámbito doméstico), clases sociales (lo que conllevaba la inutilidad de invertir dinero público en educar muchachos de origen proletario) y prácticas sexuales (las no reproductivas, en conjunto, fueron tachadas de perversiones: desde la masturbación al homoerotismo, pasando por el fetichismo)². Las personas que salían incólumes de los laboratorios eran quienes financiaban las investigaciones y las realizaban; es decir los varones blancos, de clase media/alta, e inclinados sexualmente hacia las mujeres. La medicina y la psiquiatría constituyeron campos privilegiados de poder porque en su ámbito se solapaban convicciones y técnicas que las materializaban, desde la lobotomía a la electroconvulsión (o electroshock), sin olvidar los psicofármacos.

Biólogos y médicos decimonónicos (Morel, Charcot, Mangan, Galton o, tardíamente, el propio Marañón) enfocaron su trabajo desde la convicción de que existía un instinto sexual que guiaba tanto la reproducción de animales como de seres humanos, aunque entre los últimos las normas sociales lo encauzaban según formas convenientes; ésa era la tarea que realizaba una represión de carácter penal para la que Freud encontró un correlato inconsciente. El instinto, que constituía una fuerza que embargaba a los machos, se suponía que tenía una potencia extraordinaria puesto que, con tal de satisfacerla, muchos sujetos afrontaban todo tipo de peligros (y ejercían toda clase de violencias); por su parte, las hembras, que no buscaban la cópula aunque aceptaban las acometidas de sus congéneres bajo ciertas condiciones, también se veían enajenadas por la fuerza del instinto, pero en su caso se trataba de una fuerza maternal que les llevaba a ocuparse de sus crías y, en el caso de las mujeres, también de las personas débiles y enfermas. El único hecho

² Sin deseo de ser exhaustivo, la denuncia de la justificación de las diferencias insalvables entre razas se encuentra en Stephen J. GOULD: *La falsa medida del hombre*, edición corregida y extendida, Barcelona, Crítica-Drakontos, 2007. Por su parte, el título de la obra de Richard LEWONTIN, Steven ROSE y Leon J. KAMIN: *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Crítica, 1987, además de denunciar lo que el título indica, muestra el extendido uso de los test de inteligencia en Estados Unidos para justificar la indiferencia pública hacia la educación de las clases menesterosas (sobre todo, de población negra). En relación con la ideología «patriarcal» subyacente a las investigaciones que marcan diferencias insalvables entre varones y mujeres, ésta ha sido denunciada por numerosas feministas (desde Simone de Beauvoir hasta Anne Fausto-Sterling), mientras la estigmatización de las prácticas no reproductivas se documenta, en parte, en el presente trabajo.

con el que se correspondían estas teorías era que nunca antes había sido tan abundante el número de niños en los hogares europeos como a finales del siglo XIX (ni lo fue después); es decir, se trataba de un tiempo de natalidad prolífica, acorde con las demandas realizadas por economías e imperios en expansión.

La creencia en ambos instintos (reproductor y maternal) tiene lugar en una época que prohíbe la representación de la desnudez, en parte a causa de que no existía la costumbre del baño diario y en parte por temor a excitar aún más la libido masculina. Así, las mujeres no se exhibían sin ropa ante varones y la reproducción artística de desnudos se consideró indecente, frente a la tolerancia mostrada por siglos anteriores. Por ello, lo que se percibía de una persona era su indumentaria, adornos, formas de caminar y gesticular; todo ello con un fuerte sesgo de género. Si los varones se esforzaban por marcar sus características (voz grave, caminar rápido y erguido, fuerte carácter...), el hecho se debe a que las asociaban a las prerrogativas de que disfrutaban: acaparaban la mayor parte de los empleos (y, desde luego, los mejor retribuidos), investidos como autoridad pública tomaban decisiones que afectaban a toda la comunidad (invasiones, guerras, armisticios) y, como fiscales y jueces, decidían sobre vidas y libertades ajenas. Si las mujeres asumían los imperativos de género que la sociedad les marcaba —que eran la imagen invertida de las masculinas— lo hacían para atraer el interés de los varones y lograr su protección; una mujer de escaso patrimonio que permaneciera soltera se veía abocada a una existencia difícil, aunque muchas mujeres casadas también la padecieran a causa del carácter áspero de sus maridos (lo que hizo que algunas prefirieran rodearse de mujeres, aun al coste de la inferioridad social).

En una época caracterizada por una emigración masiva de campesinos a las ciudades, caótico crecimiento urbano, pésimas condiciones de vida entre los obreros, fuerte ideologización izquierdista de éstos y aliento a su natalidad, a comienzos del siglo XX proliferaron biólogos, psicoanalistas y moralistas (es decir, las Iglesias cristianas) que, de forma un tanto azarosa —y, en ocasiones, disputando sobre cuestiones secundarias—, asentaron una serie de principios que constituían tanto la base de la salud mental como de la física. Entre ellos se encuentra la necesidad de llevar una vida higiénica, hacer ejercicio, limitar el sexo a la actividad reproductiva dentro del matrimonio, cuidar de la prole y respetar propiedad

des públicas y privadas (es decir: el código penal). Ahora bien, tal programa sólo tendría éxito si se justificaba desde un interés colectivo; con ese fin comenzó a destacarse una serie de problemas asociados a la falta de higiene, escasa y mala alimentación y hábitos inadecuados que, si no eran nuevos, lo parecieron. Entre ellos se encontraba la frecuente presencia en las familias obreras de raquitismo, disminución de talla (respecto a los campesinos), idiocia, sífilis congénita y tuberculosis.

A su vez, estos hechos se enmarcaban en un contexto donde la biología, a partir de miles de pruebas, afirmaba la evolución de las especies hacia un mayor perfeccionamiento, a lo que Darwin añadió la selección natural de los mejor adaptados como motor evolutivo. Sin embargo, de la idea de evolución, y debido a la relación dialéctica que media entre conceptos, deriva su principio contrario, la involución de los seres vivos cuando su medio se empobrece, decae la presión de los predadores o los organismos adquieren hábitos antinaturales. En función de ese supuesto científico y de las malas condiciones de vida de la época apareció la doctrina de la degeneración. Su inspirador fue un médico francés de mediados de siglo, Bénédict A. Morel, cuyo *Tratado sobre las degeneraciones físicas, intelectuales y morales de la especie humana* (1857) extendió en su país el nuevo sobresalto, desde donde se propagó por el resto de Europa, en parte por el prestigio de la medicina francesa en la época y en parte porque constituía la encarnación de temores compartidos. La degeneración moreliana se caracteriza por una conformación asimétrica del cráneo, escasa talla, detención en el desarrollo y carencia de facultades intelectuales y afectivas³.

La detención en el desarrollo y una pubertad incompleta acarrearían la infertilidad de los individuos y, a menudo, un aspecto ambiguo, dada su carencia de hormonas sexuales. En una época de fuerte aliento al estímulo demográfico ocasionaba tanto temor el hecho de que los degenerados se reprodujeran (por la cuasi certeza de que transmitirían sus lacras a la descendencia) como que no lo hicieran (por la pérdida de efectivos demográficos). La degeneración se levanta así, desde sus orígenes, como una trampa teórica, un problema sin solución en cuyo seno, con el tiempo y en el esfuerzo

³ La referencia procede de Bénédict-Auguste MOREL: *Atlas de XII planches*, París, J.-B. Baillière, 1857, p. 6, que el autor publicó como resumen de su *Traité* y complemento visual al mismo.

por conocerla mejor, las contrariedades se acumulan en lugar de resolverse: desacuerdo respecto a los síntomas (¿constituían la tuberculosis o el bocio una prueba de degeneración?), el grado de transmisión de las taras (¿segura, probable... o sólo posible?), junto a la dificultad —o imposibilidad— de enmendarla. La degeneración, en coherencia con su falta de tangibilidad, en la segunda mitad del siglo XIX experimenta una inflación de rostros derivados de la convicción de que causa enfermedades mentales, perversiones sexuales, raquitismo en los niños, tendencia de ciertas mujeres a la prostitución (como sostiene Lombroso)...

Uno de sus portes más característicos lo materializa el invertido porque, a consecuencia de un desarrollo físico incompleto, carece de rasgos sexuales secundarios (barba y pilosidad corporal en los varones, senos desarrollados en las mujeres, entre otros). Además, se muestra amoral, como a menudo son los niños y los idiotas, por lo que carece de pudor y está predispuesto a disfrutar —y a promover— todo tipo de placeres inconvenientes. No obstante, también cabe la posibilidad de que los degenerados se desarrollen físicamente mientras conservan un carácter inmaduro, pueril. Aunque pueden desempeñar un trabajo, en contrapartida se muestran inconstantes y caprichosos en sus elecciones; en su caso, la degeneración se particulariza en unos gustos íntimos que se vuelcan hacia individuos del propio sexo.

La teoría degenerativa se desarrolla con la vista puesta en unas metrópolis donde comienzan a aparecer, en la segunda mitad del siglo XIX, varones afeminados que se mostraban dispuestos a mantener relaciones con otros varones, junto a mujeres masculinas que gustaban rodearse de otras mujeres y disfrutar de su intimidad. Esta nueva realidad obligó a pensar en esos individuos, las razones de su apariencia y actitudes. En la distancia, sus motivaciones resultan claras: el barroquismo de su presentación respondía a la necesidad de exhibirse como potenciales parejas sexuales a quienes buscaban relaciones homoeróticas; de esa forma, ayudaron a sus congéneres a disfrutar de placeres inconfesables. Sin embargo, sus contemporáneos, imbuidos de rígidas concepciones sobre la masculinidad y la feminidad, y con la obsesión de buscar elementos que demostraran la decadencia de los nuevos tiempos, interpretaron su apariencia y modales de otra manera: eran la consecuencia de un proceso de involución biológica que respondía, en parte, a una herencia defec-

tuosa y en parte a un ambiente malsano (pobre alimentación, efluvios que intoxicaban el aire de las grandes urbes...).

Los invertidos no procuraban casarse ni alumbrar hijos y, lo que resultaba más incomprensible, los varones renunciaban a las prerrogativas masculinas; un poco más inteligible resultaba que algunas mujeres intentasen imitar a los varones y hasta hacerse pasar por ellos, dadas las ventajas masculinas (entre otras, era el caso de las *passing women* norteamericanas)⁴. En lugar de una existencia volcada al trabajo, reconocimiento de estatus y preocupación por el futuro (por ejemplo, el común interés por encontrar cuidadores en la vejez, papel que solía recaer en alguna hija), estas personas se inclinaban por el placer del instante. Sus parejas ocasionales raramente se convertían en estables debido a la represión existente; no obstante, a las mujeres les resultaba más fácil que a los varones establecer una convivencia porque desempeñaban empleos peor pagados y, en su caso, era difícil imaginar una relación sexual (a falta de varones que excitaran el deseo). Por ello, de cara a la sociedad, se presentaban como amigas que compartían una vivienda, dada la carestía de los alquileres urbanos y la mayor vulnerabilidad femenina al desempleo.

La base social de los invertidos se encontraba en la clase baja, ya que su pose y porte les condenarían a trabajos mal pagados (sobre todo a los varones: camareros, ayudas de cámara), dado que nadie confiaría en la época tareas prestigiosas y de elevada responsabilidad a personas con tal aspecto y maneras⁵. En general, su falta de instrucción se muestra en que pasaban por varias profesiones no especializadas a medida que sus gustos o dificultades laborales les ha-

⁴ El «San Francisco Lesbian and Gay History Project» documenta su caso. Una versión resumida e ilustrada de la investigación bajo el título de «<She even chewed tobacco>: A pictorial narrative of passing women in America» se encuentra en Martin Bauml DUBERMAN, Martha VICINUS y George CHAUNCEY (jr.): *Hidden from History: reclaiming the gay and lesbian past*, Nueva York, Meridian Books, 1990, pp. 183-194.

⁵ Cabe la posibilidad de que los invertidos pertenecieran a la clase alta; en este caso, los varones recibían el nombre de «locas», como sucede en las novelas de Álvaro Retana, frívolo cronista del homoerotismo español de principios del siglo XX. No obstante, dados sus recursos e influencias, raramente terminaban en prisión; por ello, dado su escaso número y visibilidad (se muestran en lugares selectos, a salvo de las redadas policiales), resulta más difícil conocer la vida de las locas que la de los maricas.

cían rotar de empleo⁶. El barroquismo en su presentación pública (también denominado «pluma») resulta del esfuerzo por imitar las maneras y formas de personajes rutilantes, algo para lo que no todos los homosexuales disponían de tiempo ni medios; a la par que su éxito sexual dependía de exacerbar esas características, tanto para visibilizarse como para disminuir la tensión que pudiera ocasionar en sus parejas: cuanto más afeminados fuesen los varones, y masculinas las mujeres, más seguro se encontraría de adecuarse a la norma quien copulara con ellos.

Ocasionalmente el marica se travestía como forma de llevar al extremo sus preferencias. Ahora bien, a no ser que se dedicara a la prostitución, se trataba de una decisión puntual porque nadie contrataría a un varón vestido de mujer; por otro lado, son contados los que tenían un aspecto tan femenino como para no levantar sospechas sobre su conformación íntima. Por ello, el afeminado se travestía en ocasión del carnaval, cuando le invitaban a reuniones privadas o a participar en un espectáculo; es decir, en las circunstancias donde se reducía —sin llegar a desaparecer— la posibilidad de agresión de individuos particulares o la represión policial, algo que se documenta tanto en la ciudad de Nueva York de principios de siglo como en el Madrid de la misma época⁷. Por ello, más que hablar de una identidad travesti conviene pensar en un límite identitario que pocos se atrevían a cruzar⁸.

⁶ Así, Constancio BERNALDO DE QUIRÓS y José María LLANAS AGUILANIEDO, en su estudio titulado *La mala vida en Madrid*, Madrid, B. Rodríguez Serra, 1901, pp. 263-273, realizado a partir de la observación de diecinueve invertidos prostituidos que se encontraban en prisión, indican que sus profesiones eran —por número descendente— las de ayuda de cámara (cuatro), peluquero (dos), sastre (dos) y, con un representante cada uno, dependiente de comercio, cocinero, mozo de comedor y tabernero, entre otros. Georges CHAUNCEY (jr.): *Gay New York. The Making of the Gay Male World, 1890-1940*, Glasgow, Harper Collins, proporciona datos similares en su estudio sobre Nueva York.

⁷ El escritor Álvaro RETANA, en su novela *A Sodoma en tren botijo*, Madrid, Los 13, 1933, hace concluir una fiesta de travestidos con la intervención policial, debido a una infracción de la ley que penalizaba el escándalo público. Sobre Nueva York véase Georges CHAUNCEY (jr.): *Gay New York...*

⁸ La reflexión se refiere al travestismo homosexual, en general reprimido y castigado a lo largo del tiempo. Asunto diferente son los varones heterosexuales aficionados a travestirse. Su caso provoca menos inquietud porque no suelen salir a la calle ni, desde luego, insinuarse a otros varones; por ello, raramente han sido condenados a prisión.

El invertido era un enfermo en cuanto degenerado; aunque se desconocía la etiología de su problema, su presencia generaba temor. Por ello, los individuos que manifestaban inversión de género frecuentemente sufrían la violencia verbal (insultos) o física (agresiones) de personas con quienes se cruzaban en la calle. Peor fue el hecho de que cuando los Estados comenzaron a padecer tensiones para las que no encontraban solución utilizaran a los degenerados como válvula de escape y distracción de los conflictos. Esto sucedió en los años treinta y cuarenta del siglo XX, época en la que se exacerbaban las graves secuelas de una depresión económica, provocada por el crack de la Bolsa de Nueva York, en 1929, con la amenaza de que la revolución comunista —triumfante en Rusia— se extendiera por otros países occidentales. Como los degenerados evidenciaban la existencia de un problema y, a la vez, podían extenderlo, varios Estados pusieron en práctica medidas de esterilización masiva de enfermos mentales y delincuentes⁹. En la Alemania nazi, además de los judíos, fueron enviados a los campos de concentración y exterminio un buen número de invertidos así como, en general, quienes mantenían relaciones homoeróticas¹⁰.

Ahora bien, al investigar a los maricas se comprobó que existían varones que los elegían como parejas sexuales, fuese ocasionalmente o de forma continua. Estos varones pasaban por «normales» en su entorno, en la medida en que cumplían las expectativas de género e, incluso, se casaban y tenían descendencia: «la mayoría homosexual de Barcelona, por el qué dirán, por exigencias sociales, por el amor al hogar [...] están casados y tienen hijos, lo que no impide que de vez en cuando corran sus aventuras uranistas»¹¹. Para explicar la fascinación que el marica ejercía sobre ellos, la teoría del instinto cuadraba bien, en la medida en que las poses y aspecto ambiguo o femenino del primero justificaba la elección del segundo. Ahora bien, el hecho de que algunos varones experimentaban esa atracción llevó a pensar que existía cierto elemento particular en ellos; para explicar esa diferencia se desarrollaron teorías sobre la

⁹ Daniel SOUTULLO: *La Eugenesia. Desde Galton hasta hoy*, Madrid, Talasa, 1997, pp. 139-142.

¹⁰ Una documentación sobre el tema se encuentra en el volumen titulado «Exterminio bajo el nazismo», *Orientaciones. Revista de homosexualidades*, 5 (2003).

¹¹ Max BEMBO: *La mala vida en Barcelona. Anormalidad, miseria y vicio*, Barcelona, Maucci, 1912, pp. 52-53.

perversión y asignó un nombre específico a estos individuos: en España, el de «bujarrón» o «maricón»¹².

Un perverso no era un degenerado, pero su inclinación era malsana; si su elección no podía imputarse a la biología, tendría que serlo a un componente de carácter, una falla moral que se atribuía a afán de lucro o desenfreno. Algo parecido sucedía con las bolleras, que provocaban fascinación en algunas mujeres, en parte debido a su aspecto masculino y en parte a la protección que les proporcionaban; como la mujer no buscaba sexo sino afecto, las bolleras eran simultáneamente capaces de amarlas y sostenerlas materialmente. Las mujeres femeninas que mantenían relaciones con bolleras fueron denominadas «tribade hembra» o, posteriormente, *femmes*¹³. Las autoridades de la época encontraban dos problemas en quienes cumplían el rol de género. El primero, ya señalado, es que, acordes con su rol, estos individuos solían casarse y reproducirse, por lo que quizás transmitieran a la prole sus inclinaciones en unas décadas donde, para justificar el predominio de las mismas familias en el ejército, la magistratura, el Parlamento y la industria, se sostenía que el amor al trabajo, el talento y la prudencia constituían rasgos heredados (por la misma razón lo eran la pereza, la tendencia a delinquir y el desenfreno sexual)¹⁴. El segundo problema es que resultaban difíciles de identificar porque, formalmente, no se distinguían de sus congéneres; por ello, imponer en entornos donde se encontraban los maricas y, cabe suponer, se afiliaban a sindicatos y partidos de izquierda en proporción similar a otros individuos de su medio.

Ahora bien, en un período donde los dirigentes políticos intentan controlar los ambientes obreros con todos los instrumentos a su alcance, estos varones constituían un objeto preferente de atención; a través de ellos, se introducía una forma de penalizar el comportamiento obrero y, de tener éxito, un punto de división en su seno. En este campo, como en otros, la estrategia burguesa no cosechó el resultado que esperaban sus promotores porque, al proceder de

¹² Los términos norteamericanos correspondientes eran *trade*, *husband* o *wolf*. Georges CHAUNCEY (jr.): *Gay New York...*, pp. 87-88.

¹³ Constancio BERNALDO DE QUIRÓS y José María LLANAS AGUILANIEDO: *La mala vida en Madrid...*, p. 261.

¹⁴ Francis GALTON: *Herencia y eugenesia*, selección de textos, traducción e introducción a cargo de Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ, Madrid, Alianza, 1988, p. 123.

medios humildes, maricas y maricones siguieron encontrando cierto amparo entre sus vecinos y semejantes; sobre todo, en el caso de los maricones, puesto que la actitud que mostraban era idéntica a la de otros varones. Por otro lado, los primeros proporcionaban un desahogo a los solteros que les rodeaban; por ello: «Las clases inferiores de los pueblos europeos dan pruebas —como dice Havellock Ellis— de una asombrosa falta de repugnancia respecto a la inversión»¹⁵. Resultaba improbable que los convecinos de los invertidos, en caso de sorprenderles en una actividad sexual, les denunciaran a unas fuerzas del orden cuyo trabajo se asociaba con la defensa de intereses burgueses, como mostraba su actuación en caso de huelgas y manifestaciones obreras.

Paradójicamente, fueron los propios dirigentes obreros quienes combatieron el homoerotismo en su seno. La medida se entiende al ponerla en relación con las decisiones que Stalin tomaba en la Unión Soviética contra tales experiencias. Los dirigentes soviéticos prohibieron la representación artística del homoerotismo y castigaron su práctica en la convicción de que constituía un vicio asociado al lujo y ociosidad de las clases propietarias; junto a tal idea se encuentra su esfuerzo por asentar un modelo de familia donde todos los varones contrajeran matrimonio y se ocuparan de sus hijos. Dada la dependencia de los partidos comunistas occidentales respecto a las directrices emanadas de Moscú, junto a la fuerte presencia de esta ideología en medios obreros, los homosexuales de ambos sexos/géneros encontraron cada vez mayor hostilidad en su entorno.

La profunda marca de género que conllevaban casi todas las actividades que transcurrían en el espacio público, la separación entre los mundos masculino y femenino, junto al completo ocultamiento de los cuerpos, conllevaron la consecuencia de que el único contacto que tenían muchos varones con las mujeres —al margen de sus madres o hermanas— se redujera a las prendas que éstas utilizaban: guantes, zapatos, delantales...¹⁶ Sobre ellas, el olor que desprendían y las marcas de uso que guardaban, descargaron la fuerza de su deseo, a falta de recursos para contratar prostitutas o acceder a mu-

¹⁵ Constanancio BERNALDO DE QUIRÓS y José María LLANAS AGUILANIEDO: *La mala vida en Madrid...*, p. 275.

¹⁶ Jean-Martin CHARCOT y Víctor MAGNAN: «Inversión de la tendencia genital y otras perversiones sexuales», en Ángel CAGIGAS: *Perversiones*, Jaén, Ediciones del Lunar, 2002, p. 28.

jeros de su entorno. Como la pulsión sexual constituía un instinto masculino, nunca se pensó en atribuir fetichismo o travestismo a las mujeres. En este contexto se explica el temor que ocasionaba el hecho de que los jóvenes se masturbaran; la práctica arruinaba la salud del cuerpo, al malgastar una sustancia que la naturaleza concedía con medida. Además, cuando llegase el momento de fundar un hogar, los varones se encontrarían debilitados para realizar su función de padres y trabajadores robustos y sanos; de unos progenitores endebles sólo se esperaban hijos de parecida condición.

Estas dificultades coincidieron con un tiempo donde las autoridades concluyeron que la represión sólo se podía afinar si se unificaba, bajo un único concepto, el comportamiento de maricas y maricones, bolleras y *femmes*; es decir, si se quebraba el apoyo tradicional que maricones y *femmes* encontraban en su medio, para lo que había que convencer de que compartían muchas cosas con maricas y bolleras. El concepto que unificó todas estas identidades fue el de «homosexual» y, como tal, se introdujo en los códigos penales de gran número de naciones a mediados del siglo xx; a partir de entonces, el sexo se convirtió en el criterio que diferenciaba lo legítimo de lo transgresor. En el caso español, el cambio se evidencia en la reforma de la Ley de Vagos y Maleantes que, aprobada en 1933 para combatir delitos menores (entre los que no se mencionaba el homoerotismo), fue modificada en 1954 con el objetivo de incluir la homosexualidad en el conjunto de comportamientos delictivos.

La combinación de una política volcada en la represión de ambos elementos de la relación —mostrasen o no concordancia de género con su sexo, fuesen activos o pasivos en las relaciones— junto a la hostilidad creciente de los medios obreros conllevaron que el homoerotismo bajo la concepción de género se encontrara en un callejón sin salida a mediados de la centuria. Por ello resultaba imperioso construir nuevas identidades que aglutinasen las vivencias o, de lo contrario, éstas correrían el riesgo de desaparecer por incapacidad para identificar a quienes deseaban disfrutar con personas de su sexo; más difícil resultaba aún que estas personas se pudieran reunir en lugares inmunes a la represión donde el propio espacio fuese marca de identidad y reconocimiento (como luego sucedió en los locales de colectivos de lesbianas y gais).

La anatomía encarna el deseo

La Segunda Guerra Mundial, gracias a la ayuda prestada por Estados Unidos a sus aliados, fue seguida por un fuerte crecimiento económico que, por primera vez, hizo surgir una economía de consumo de masas en Europa occidental y Japón. No fue casual que el hecho fuera coetáneo con un fuerte incremento de la natalidad —proceso conocido como *baby boom*— que se prolongó hasta inicios de los años setenta en la mayoría de países. Además, aparecieron creaciones que impulsaban el nacimiento de una nueva fase —la tercera— del capitalismo; entre ellas destacan la electrónica y la informática, junto a una robótica que —como síntesis de ambas— reduce drásticamente la necesidad de personal poco formado en las grandes fábricas. Estos cambios, de la mano de medios de comunicación de masas y la aparición del turismo masivo, crearon un círculo virtuoso donde el desarrollo económico acarrearba un incremento del consumo que, a su vez, estimulaba la economía.

Ahora bien, la expansión —tecnológica, a la vez que productiva— conllevó un aumento de la cualificación demandada para abastecer las nuevas empresas y sectores; así, aumentaba la oferta de empleos que exigían una cierta formación mientras disminuían, relativamente, los descualificados. Década a década crecía la demanda de personas con formación media (técnicos) y superior (diplomados, licenciados, ingenieros) mientras se prolongaba el periodo de educación obligatoria y extendían los niveles superiores. En el caso de España, en cuatro décadas los estudiantes de enseñanza media pasaron de ser 222.000 (curso 1950-1951) a 2.244.000 (curso 1990-1991), mientras los universitarios se incrementaron de 51.600 a 721.000 en el mismo periodo. Si los datos se ponen en relación con el número de habitantes (que pasa de 28.118.000 a 38.872.000), el resultado obtenido es que, en ese plazo de tiempo, el porcentaje de quienes estudiaban enseñanzas medias se multiplicó por ocho, mientras el de universitarios lo hizo por diez¹⁷. No sólo hacían falta más especialistas de todos los ámbitos, sino que la población debía aprovechar las nuevas capacidades puestas a su alcance, como conducir coches, manejar ordenadores o hablar idio-

¹⁷ INE: *Anuario Estadístico de España y censos de población*, años 1950, 1970 y 1991.

mas. Por supuesto, la remuneración compensaba el tiempo de estudio y esfuerzo del trabajador o, de lo contrario, tales empleos no encontrarían quienes los desempeñaran.

El afán por estudiar e instruirse un número creciente de años no constituía una opción personal, sino que respondía a la presión realizada por el modo de producción para contar con trabajadores y consumidores mejor formados. El resultado conllevó que los hijos de obreros abandonaran su entorno para integrarse en una clase media en expansión (y en las zonas urbanas donde ésta se asentaba). En este suelo emergió una nueva generación de identidades, tanto homoeróticas como heteroeróticas. En relación con las primeras, debe mencionarse la aparición de gays y lesbianas, quienes se posicionan en función de las prácticas en lugar de hacerlo sobre el género. Los nuevos homosexuales poseen una formación de grado medio o superior, en lo que se diferencian de sus predecesores pero en lo que, sin embargo, se parecen a los demás integrantes de su generación (la del *baby boom*).

En función de estos hechos, a finales de los años sesenta las autoridades españolas adaptaron la legislación pensada para reducir al máximo el homoerotismo —y, virtualmente, eliminarlo— a las circunstancias de un país que había dejado atrás las peores secuelas de una Guerra Civil y disfrutaba los frutos del desarrollo, gracias a una naciente industrialización y al hecho de convertirse en la meca del turismo europeo de sol y playa. Con ese fin, el gobierno franquista aprobó, en 1970, la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (en vigor hasta finales de 1978); además de definir como peligrosa la homosexualidad, la nueva legislación apuntaba tanto a segmentos obreros —en unos años donde las movilizaciones sindicales contra el régimen comenzaban a adquirir fuerza— como a quienes trabajaban en los nuevos sectores productivos. El cambio de modelo identitario resultaba coherente con una modificación del paisaje social donde se incrementaba la importancia de unas clases medias tradicionalmente impermeables al modelo de la inversión¹⁸.

¹⁸ Así, las condenas emitidas, en 1974, por el Juzgado de Madrid dedicado a castigar el incumplimiento de la Ley muestran que quienes padecían en mayor medida la represión eran varones (63 casos frente a 1 mujer), solteros (57 individuos frente a 7 casados) y de estatus bajo o medio (13 carecían de empleo, 32 eran obreros y 16 profesionales); los datos de 1975 mantienen este perfil, aunque el número de condenados asciende a 88. Héctor ANABITARTE y Ricardo LORENZO SANZ: *Homosexualidad, el asunto está caliente*, Madrid, Queimada, 1979, pp. 18-19.

Mientras esto sucedía, los jóvenes homosexuales estudiaban un mayor número de años que sus progenitores y se asentaban en unas ciudades —si es que no habían nacido en ellas— donde empresas e instituciones ofertaban los nuevos empleos. Como personas con formación intelectual e ingresos razonables contaban con recursos contra la represión de los que carecían maricas, maricones, bolleras y *femmes*; por lo tanto, no había por qué pensar que los gays aceptaran pasivamente la estigmatización. Si un policía detenía a un varón en una redada, éste podía utilizar su dinero para —vía venalidad— intentar convencer al representante del orden de que no había presenciado ningún acto ilegal, dado que no había más testigos del suceso y no existían víctimas del mismo. Si la voluntad del policía no se quebraba por este medio, emplearía sus recursos en contratar a un buen abogado que defendiera su causa ante un juez o, llegado el caso, acudiría a psicólogos o psiquiatras de su entorno para pedirles que declararan a su favor en el juicio.

Por otra parte, dentro de los centros de docencia e investigación, los nuevos homosexuales (junto a heterosexuales disgustados por la represión que sufrían los primeros) realizaban y difundían estudios donde mostraban que el homoerotismo había sido un fenómeno integrado sin tensiones en el pasado occidental, al igual que lo era en otras culturas. Paralelamente, desde las especialidades en salud mental autores como Evelyn Hooker demostraban que los homosexuales no se encontraban más desequilibrados que otras personas (al margen del daño provocado por la intolerancia social). Así, en el interior de las instituciones punteras en la estigmatización, expertos y eruditos de reconocido prestigio comenzaron a atacar las fuentes de la discriminación; se trataba de profesionales con credenciales como para no sufrir laboralmente las consecuencias de una defensa de los marginados.

Por su parte, a las empresas tampoco les convenía la represión de las prácticas heterodoxas. En la segunda fase industrial, con su modelo de producción en cadena de automóviles y electrodomésticos (como bienes más representativos de la época), un obrero podía ser detenido sin que el hecho afectase significativamente a la producción: al igual que una pieza de la cadena era reemplazada por otra, lo mismo sucedía con una mano de obra que, por lo general, se encontraba poco formada. Sin embargo, el hecho de que a partir de mediados de siglo la acumulación capitalista se concentrara

en actividades especializadas y con alto valor añadido acarreó que cada empleado concentrara un conocimiento de los problemas de la empresa, forma de trabajo y, en algunos casos, cartera de clientes, que vuelve muy valiosa su tarea. Por ello, su detención en una redada policial provoca un trastorno a quienes le emplean, tanto mayor cuanto más elevada resulte su cualificación y antigüedad en el puesto (por no mencionar la conmoción que supone para el ambiente de trabajo de una empresa que uno de sus integrantes sea condenado a prisión).

En función de esa realidad, los directores de personal o de recursos humanos, aunque fuesen homófobos, estaban interesados en que el empleado acusado de indecencia fuese absuelto. Por razón parecida eran partidarios de que se difundieran los métodos anticonceptivos y despenalizara el aborto —con independencia de lo que pensasen en conciencia sobre el tema— antes que asumir el coste que supondría para la empresa el hecho de que sus empleadas se vieran obligadas a abandonar temporalmente su puesto de trabajo para ocuparse de un niño que podría constituir su cuarto, quinto o sexto alumbramiento. Por su parte, las mujeres se encuentran en la tesitura de elegir entre ser profesionales competentes y de formación actualizada o madres prolíficas; ahora bien, con independencia de cuáles sean sus preferencias, dado que pocas familias pueden mantenerse con el salario masculino en exclusiva, lo probable es que las mujeres trabajen para mantener un nivel de vida familiar aceptable en su medio, lo que les anima a reducir drásticamente la natalidad y concede una libertad de acción anhelada por anteriores generaciones. Por ello, fuerzas similares a las que alentaban la concesión de derechos a las mujeres presionaban a favor de la igualdad de los homosexuales; los motivos que llevan a reducir la natalidad son similares a los que influyen en la despenalización del homoerotismo.

En el plano de las costumbres, la época contempla la aparición del turismo masivo a la vez que convierte los baños de sol y el aseo en fuentes y síntomas de salud, tanto para evitar contagios microbianos como el ataque de parásitos. En esa línea, los medios de comunicación de masas —en particular, el cine y la televisión— comenzaron a exhibir el cuerpo para mostrar cómo se realizan esas tareas y difundirlas entre la población; por ello, fueron instrumentos privilegiados de la nueva ideología higienista. La carne, como en la época del Renacimiento —y aun de la Ilustración— se mostraba

de nuevo en su esplendor, pero en los años sesenta se soslayaron las consecuencias de su disfrute, tanto porque estaban en vigor poderosos métodos anticonceptivos (sin olvidar el aborto) como por la disponibilidad de antibióticos y otros medicamentos que curaban las enfermedades de transmisión sexual. Al tiempo, se difundían imágenes de mujeres bellas y relajadas en situaciones agradables (la playa, el campo, reuniones sociales) que chocaban con los continuos quehaceres de las madres de familia numerosa. En parte para clausurar la política pronatalista, en parte por educación en la higiene y con el propósito de estimular el consumo ocioso, los medios de comunicación comenzaron a mostrar cuerpos semidesnudos y a separar el sexo de la reproducción. El recato dejó paso a la exhibición de formas y volúmenes que concentraban la atención y se convertían en fuente de deseo. Si las cámaras de cine se volcaban sobre las actrices, las revistas de culturismo convertían los cuerpos masculinos en fuentes de placer visual.

A esa corriente general se une que, a finales de los años sesenta, los jóvenes *hippies* comenzaron a juntarse para realizar orgías o vivir en comunas donde la propiedad era colectiva (perspectiva que, en muchos casos, incluía su propio cuerpo). Algo similar hacían los integrantes de la contracultura en las grandes metrópolis, entre quienes destacó la bohemia neoyorquina; aunque sumaban un número reducido de individuos encarnaban la vanguardia, por lo que su comportamiento tuvo enorme repercusión; a partir de esa tendencia, no resultaba insólito que los homosexuales masculinos se reunieran en saunas o clubs para disfrutar de placeres que, ahora, carecían de trascendencia. Por primera vez en siglos —quizás, en la historia— desde los años sesenta hasta los ochenta —en que salieron a la luz los primeros casos de sida— los individuos pudieron disfrutar de su cuerpo sin tener que preocuparse por las consecuencias.

Si en la sociedad se fundaban todo tipo de grupos para luchar contra la participación norteamericana en la Guerra de Vietnam, a favor de los derechos civiles de los negros y del acceso de las mujeres a la salud reproductiva —en un contexto de fuerte contestación feminista a una tradición que condenaba a las mujeres a ser esposas y madres— entonces resultaba lógico que también se crearan colectivos homosexuales para luchar contra la represión policial y, cuando ésta concluye, por sus plenos derechos civiles. En esa estela cabe entender la revuelta de finales de junio de 1969 en el Stonewall

Inn, un bar del *Village* neoyorquino donde los abusos policiales conllevaron una revuelta de los clientes, apoyados por lesbianas y gais que vivían en el entorno y estaban hartos, unos y otros, de años de atropellos e impunidad de las fuerzas del orden. La revuelta del Stonewall constituyó, de forma colectiva e imprevista, la otra cara de unas formas de resistencia practicadas individual y un tanto aisladamente (dado que los colectivos homosexuales estaban prohibidos). Su éxito acarrió el fin de la represión en Nueva York y, un mes después de los sucesos, el nacimiento del *Gay Liberation Front* (GLF). Para celebrar el primer aniversario de los sucesos, el GLF convocó una marcha pacífica, desde Greenwich Village hasta Central Park, en la que participaron miles de personas: había nacido el *Gay Pride* o Día del Orgullo Gay. En años posteriores se celebraron conmemoraciones similares en otras partes de Estados Unidos mientras el ejemplo se extendía a otros países, tanto con el fin de conmemorar el acontecimiento como para reclamar nuevos derechos.

Si el travesti, en las primeras décadas del siglo, constituía un límite identitario en la conformación del homoerotismo, en la segunda mitad de la centuria los transexuales constituyen ese umbral. Ciertamente, su existencia hubiera sido imposible sin la aparición de una cirugía de los órganos genitales (en parte, ligada a la estética) y productos farmacológicos (como las hormonas sintéticas) que modifican la anatomía; ahora bien, los transexuales se insertan en una matriz del deseo que convierte lo genital en centro del placer. Bajo estos parámetros, un marica o un travesti resultan demasiado masculinos para un varón heterosexual mientras parecen femeninos para los homosexuales, por lo que el travesti —aun cuando desaparezca la represión— queda sin base sobre la que sostenerse. El hecho de que en las últimas décadas se hayan extendido bares, saunas y colectivos homosexuales, junto a los anuncios personales en medios de comunicación, reduce la necesidad de mostrarse afeminado —o masculinos, en el caso de las mujeres— para emparejarse. Por esas razones, cuando se normaliza la posibilidad de conocer a otros homosexuales, el barroquismo decae: en un bar homosexual todos los clientes son parejas potenciales, por lo que resulta innecesario exhibir llamativamente la disponibilidad.

Bajo la nueva matriz, la condición de un varón se establece por el sexo de su pareja, por lo que el deseo de copular con varones heterosexuales empuja hasta el límite la apuesta por una feminidad

que se juega en la intimidad; por ello, resulta necesario desenvolverse de forma similar a las mujeres (en el caso de los transexuales de varón a mujer). Otra diferencia importante entre travestis y transexuales radica en la clase social en la que se mueven; mientras el marica/travesti se radicaba fundamentalmente en medios obreros (por su origen o porque su apuesta vital le impedía superar ese nivel), los transexuales tienden a proceder de ambientes sociales con mayor formación porque los procesos quirúrgicos y farmacológicos que transita le exigen capacidades económicas para costearlos, e intelectuales para aprovecharlos. Así, la marginación que padecían los primeros no tiene porqué afectar a los segundos.

Cuando se despenalizan las prácticas realizadas entre adultos en privado, dejan de tener sentido las prevenciones sobre la representación del cuerpo, por lo que la acusación de «pornografía» —utilizada hasta ese momento como motivo de censura en el campo artístico— cambia de sentido. La pornografía deja de ser el epígrafe bajo el cual se descalifica un contenido para convertirse en un campo de negocio que cuenta con empresas dedicadas a producirla; en parte para generar disfrute en el observador, en parte para mostrarle posibilidades insospechadas de placer. La nueva temática audiovisual concentra el disfrute en la actividad de los órganos genitales, protagonistas indiscutibles de unas escenas donde la cámara se recrea en tamaños, formas, texturas y posturas; en coherencia con esta dinámica, la cirugía se ofrece a reconfigurar órganos, por lo general incrementando su tamaño con prótesis e implantes. Los sofisticados prolegómenos en que adiestraban obras como el *Kamasutra* desaparecen de una escena donde la actividad se concentra en conseguir primero un rápido clímax y luego repetirlo.

Si la pornografía constituye una forma específica de representar los cuerpos, la sexología es el saber que alienta el disfrute. Es lógico que una época que convierte la posesión y uso de los órganos genitales en función de definiciones identitarias elabore un saber que estudie su funcionamiento, tanto con el fin de resolver los problemas que acompañan su funcionamiento como con el de exponer criterios para elaborar una identidad. Si la simple posibilidad de unas técnicas sexuales hubiesen sido algo escandaloso hasta los años sesenta, en la actualidad constituyen una necesidad que, de no satisfacerse, impediría que los individuos afrontaran problemas que van de los complejos e inseguridades de la juventud a la falta de

deseo en edades avanzadas. Paralelamente, han desaparecido de los manuales psiquiátricos buena parte de las perversiones que obsesionaban a nuestros abuelos (para comenzar, el fetichismo), al tiempo que la masturbación se considera un buen medio de conocer el propio cuerpo y desahogar las tensiones.

Conclusiones

Los integrantes de la primera generación de identidades homosexuales ocuparon el centro de la escena social a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX (aunque, paralelamente, existieran otras identidades). Fueron reprimidos en función del hecho de que la natalidad constituía un valor primordial en la política de los Estados y debido a la necesidad de las autoridades de controlar los medios obreros, vista la amenaza que éstos representaban para la sociedad burguesa; al tiempo, se trataba de una época donde la mayor parte de la mano de obra era fácilmente sustituible. Sin embargo, las condiciones socioeconómicas se invirtieron a partir de los años sesenta del siglo XX al decaer la presión natalista, perder atractivo la revolución social y aumentar la formación de una población sobre cuyas habilidades reposa el crecimiento económico. En función del reemplazo generacional, la mayor parte de los integrantes de la primera generación han fallecido o tienen una edad avanzada; por esa razón los locales donde se reunían, amenizados con actuaciones de transformistas (es decir, de varones que se travisten para un espectáculo), han reducido su número hasta casi desaparecer del ambiente nocturno de las grandes urbes.

Paralelamente, la escena homosexual se poblaba de negocios creados para satisfacer la demanda sociocultural y de ocio de lesbianas, gays y transexuales, personas con menos prevenciones (al no temer redadas policiales) y superiores medios (educativos y salariales) que sus antecesores. La conquista del espacio público de las nuevas identidades, así como el éxito en su demanda de derechos, es deudora de unas capacidades educativas que tienen correlato productivo y político. Como resultado de estos procesos, a inicios del siglo XXI se encuentran difuminados los rastros de las configuraciones anteriores del deseo, erosionadas por numerosos factores entre los que destacan las transformaciones productivas.